

32.º domingo ordinario C

***El Señor, que es fiel, os dará fuerzas
y os librará del malo. (2 Ts 3,3)***

Primera lectura*2 Macabeos 7,1-2.9-14*

En aquellos días arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la ley. El mayor de ellos habló en nombre de los demás: – ¿Qué pretendes sacar de nosotros? Estamos dispuestos a morir antes que quebrantar la ley de nuestros padres.

El segundo, estando para morir, dijo: – Tú, malvado, nos arrancas la vida presente; pero, cuando hayamos muerto por su ley, el rey del universo nos resucitará para una vida eterna. Después se divertían con el tercero. Invitado a sacar la lengua, lo hizo en seguida y alargó las manos con gran valor. Y habló dignamente: – De Dios las recibí y por sus leyes las desprecio; espero recobrarlas del mismo Dios.

El rey y su corte se asombraron del valor con que el joven despreciaba los tormentos. Cuando murió éste, torturaron de modo semejante al cuarto. Y cuando estaba a la muerte, dijo: – Vale la pena morir a manos de los hombres cuando se espera que Dios mismo nos resucitará. Tú, en cambio, no resucitarás para la vida.

Segunda lectura*2 Tesalonicenses 2,15 – 3,5*

Hermanos y hermanas: Que Jesucristo nuestro Señor y Dios nuestro Padre – que nos ha amado tanto y nos ha regalado un consuelo permanente y una gran esperanza – os consuele internamente y os dé fuerza para toda clase de palabras y de obras buenas. Por lo demás, hermanos y hermanas, rezad por nosotros, para que la palabra de Dios siga el avance glorioso que comenzó entre vosotros, y para que nos libre de los hombres perversos y malvados, porque la fe no es de todos.

El Señor, que es fiel, os dará fuerzas y os librará del malo. Por el Señor estamos seguros de que ya cumplís y seguiréis cumpliendo todo lo que os hemos enseñado. Que el Señor dirija vuestro corazón para que améis a Dios y esperéis en Cristo.

Evangelio*Lucas 20,27.34-38*

En aquel tiempo se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección. Jesús les contestó: – En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la

vida futura y de la resurrección de entre los muertos no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos están vivos.

Meditación

Al plano del antiguo testamento el hombre aparece en forma de unidad original de tal manera que es el mismo conjunto personal el que padece la muerte y se corrompe en el sepulcro (sheol o hades).

Esto no supone que el antiguo testamento desconozca la esperanza de la salvación, pero la concibe fundamentalmente de manera futura, intramundana: El pueblo de Israel en su conjunto recibirá al final la gloria del cumplimiento de las promesas y la bendición de una presencia transformante de Dios en este mundo. Todo el avance de la historia ha sido un camino hacia esta meta, las generaciones pasadas y muertas serán como un cimiento del nuevo Israel de plenitud que surge entonces de una forma plena.

En los tiempos que preceden a la venida de Jesús esta visión se amplía y se transforma. Por un lado se precisa que los justos del reino futuro (o plenitud) ya no tendrán que padecer la muerte; por otro lado se añade que los justos de los viejos tiempos volverán a recibir la vida (resucitarán) para participar en la gloria de los salvados del tiempo escatológico. Esta parece haber sido la tendencia dominante en todos los ambientes rabínicos y fariseos. A veces esta postura se mezclaba con la representación griega de una inmortalidad del alma individual; sin embargo, la visión predominante era siempre la de una resurrección futura de los justos.

En este ambiente pervivirán focos de la antigua concepción en que se hablaba sólo del triunfo intramundano del pueblo. Sus representantes clásicos son los saduceos, que defienden su postura con la objeción tradicional de las diversas mujeres sucesivas de un marido. Si vuelve a resurgir el mundo, ¿cual será la mujer verdadera del marido?

La respuesta de Jesús se mueve en el plano del hecho y en el plano del modo de la resurrección. Para mostrar el hecho se utilizan las palabras de la vieja tradición de Israel, que habla del "Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob". Si esta representación es verdadera, si es que todavía tiene un sentido hablar de los antiguos patriarcas, debe suponerse que ellos están vivos ante Dios. Dentro de una visión "personal" de la realidad no basta que perviva el pueblo representado por Abraham; debe vivir el mismo Abraham en el misterio de Dios al que se llama con su nombre. Para mostrar el modo se utiliza una nueva concepción de la realidad; los que resucitan no viven como antes, en el plano del matrimonio sexual y de la muerte; serán como ángeles que habitan en la altura de la alabanza divina, como "hijos de Dios" que han recibido en su existencia la impronta de lo divino; desde aquí el problema de las siete mujeres y el marido pierde toda su importancia.

Los cristianos sabemos que todo esto debe interpretarse ahora a través de la Pascua de Jesús. Para nosotros existe la resurrección porque creemos que Jesús ha resucitado. Somos su cuerpo sobre el mundo y tenemos que participar de su misma suerte.

32.º domingo ordinario C



*El Señor, que es fiel, os dará fuerzas
y os libraré del malo. (2 Ts 3,3)*

Primera lectura

2 Macabeos 7,1-2.9-14

En aquellos días arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la ley. El mayor de ellos habló en nombre de los demás: – ¿Qué pretendes sacar de nosotros? Estamos dispuestos a morir antes que quebrantar la ley de nuestros padres.

El segundo, estando para morir, dijo: – Tú, malvado, nos arrancas la vida presente; pero, cuando hayamos muerto por su ley, el rey del universo nos resucitará para una vida eterna. Después se divertían con el tercero. Invitado a sacar la lengua, lo hizo en seguida y alargó las manos con gran valor. Y habló dignamente: – De Dios las recibí y por sus leyes las desprecio; espero recobrarlas del mismo Dios.

El rey y su corte se asombraron del valor con que el joven despreciaba los tormentos. Cuando murió éste, torturaron de modo semejante al cuarto. Y cuando estaba a la muerte, dijo: – Vale la pena morir a manos de los hombres cuando se espera que Dios mismo nos resucitará. Tú, en cambio, no resucitarás para la vida.

Segunda lectura

2 Tesalonicenses 2,15 – 3,5

Hermanos y hermanas: Que Jesucristo nuestro Señor y Dios nuestro Padre – que nos ha amado tanto y nos ha regalado un consuelo permanente y una gran esperanza – os consuele internamente y os dé fuerza para toda clase de palabras y de obras buenas. Por lo demás, hermanos y hermanas, rezad por nosotros, para que la palabra de Dios siga el avance glorioso que comenzó entre vosotros, y para que nos libre de los hombres perversos y malvados, porque la fe no es de todos.

El Señor, que es fiel, os dará fuerzas y os libraré del malo. Por el Señor estamos seguros de que ya cumplís y seguiréis cumpliendo todo lo que os hemos enseñado. Que el Señor dirija vuestro corazón para que améis a Dios y esperéis en Cristo.

Evangelio

Lucas 20,27-38

En aquel tiempo se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron: – Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando

mujer, pero sin hijos, cácese con la viuda y dé descendencia a su hermano". Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella. Jesús les contestó: – En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos están vivos.

Meditación

Al plano del antiguo testamento el hombre aparece en forma de unidad original de tal manera que es el mismo conjunto personal el que padece la muerte y se corrompe en el sepulcro (sheol o hades). Esto no supone que el antiguo testamento desconozca la esperanza de la salvación, pero la concibe fundamentalmente de manera futura, intramundana: El pueblo de Israel en su conjunto recibirá al final la gloria del cumplimiento de las promesas y la bendición de una presencia transformante de Dios en este mundo. Todo el avance de la historia ha sido un camino hacia esta meta, las generaciones pasadas y muertas serán como un cimiento del nuevo Israel de plenitud que surge entonces de una forma plena.

En los tiempos que preceden a la venida de Jesús esta visión se amplía y se transforma. Por un lado se precisa que los justos del reino futuro (o plenitud) ya no tendrán que padecer la muerte; por otro lado se añade que los justos de los viejos tiempos volverán a recibir la vida (resucitarán) para participar en la gloria de los salvados del tiempo escatológico. Esta parece haber sido la tendencia dominante en todos los ambientes rabínicos y fariseos. A veces esta postura se mezclaba con la representación griega de una inmortalidad del alma individual; sin embargo, la visión predominante era siempre la de una resurrección futura de los justos.

En este ambiente pervivirán focos de la antigua concepción en que se hablaba sólo del triunfo intramundano del pueblo. Sus representantes clásicos son los saduceos, que defienden su postura con la objeción tradicional de las diversas mujeres sucesivas de un marido. Si vuelve a resurgir el mundo, ¿cual será la mujer verdadera del marido?

La respuesta de Jesús se mueve en el plano del hecho y en el plano del modo de la resurrección. Para mostrar el hecho se utilizan las palabras de la vieja tradición de Israel, que habla del "Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob". Si esta representación es verdadera, si es que todavía tiene un sentido hablar de los antiguos patriarcas, debe suponerse que ellos están vivos ante Dios. Dentro de una visión "personal" de la realidad no basta que perviva el pueblo representado por Abraham; debe vivir el mismo Abraham en el misterio de Dios al que se llama con su nombre. Para mostrar el modo se utiliza una nueva concepción de la realidad; los que resucitan no viven como antes, en el plano del matrimonio sexual y de la muerte; serán como ángeles que habitan en la altura de la alabanza divina, como "hijos de Dios" que han recibido en su existencia la impronta de lo divino; desde aquí el problema de las siete mujeres y el marido pierde toda su importancia.

Los cristianos sabemos que todo esto debe interpretarse ahora a través de la Pascua de Jesús. Para nosotros existe la resurrección porque creemos que Jesús ha resucitado. Somos su cuerpo sobre el mundo y tenemos que participar de su misma suerte.